

JUAN SANTOS: ¿EL INVENCIBLE?

Arturo Enrique de la Torre y López
Pontificia Universidad Católica del Perú / Universidad de Sevilla

1. *Introducción*

La primera mitad del s. XVIII se caracteriza en Sudamérica por un estado de tensión social, reflejado en movimientos sociales de diversa índole¹, que coinciden con un momento de revaloración del pasado prehispánico. Esta corriente, reflejada en la aparición de obras literarias que idealizaban la historia anterior a la conquista, tuvo su correspondiente político en la admiración por las estructuras estatales precolombinas.

En el Perú, la imagen del Tahuantisuyu fue contemplada como el único elemento de oposición con la administración castellana y muchos movimientos contrarios a ésta se alzaban en nombre del desaparecido estado.

1. Basta recordar:

- 1723. Ataque de los indios araucanos contra el fuerte de Purén.
- 1724-35. Revuelta de los Comuneros de Paraguay.
- 1730. Levantamiento de Alejo Calatayud en Cochabamba.
- 1731. Triunfo de Antonio López del Rosario en el Yaracuy.
- 1737. Levantamiento de Juan Vélez de Córdoba en Moquegua.
- 1737. Levantamiento de Ignacio Torote en la selva central peruana.
- 1741. Insurrección en San Felipe del Fuerte (Venezuela).
- 1744. Levantamiento en El Tocuyo.
- 1749. Levantamiento de Juan Francisco León de Panquite contra la Compañía Guipuzcoana.
- 1750. Levantamiento abortado en Lima y Huarochiri.

La espureidad del pasado incaico que se estaba asumiendo se evidenciaba en los mismos planteamientos de los rebeldes, que imaginaban la monarquía cuzqueña como una institución de carácter hereditario, lo que obligaba a buscar al nuevo monarca entre descendientes directos, reales o fingidos, de la Capacuna clásica.

La actitud intelectual, pervivió hasta la época de la emancipación, generando en las jóvenes repúblicas uno de los más graves problemas culturales: la contradicción entre el elogio de la historia mítica, por parte de las clases dirigentes, y su desprecio hacia las "*castas*", legítimas herederas del pasado objeto de veneración.

En el discurso político de la revuelta de Juan Santos aparecen claras referencias al incario y, sin embargo, no se encuentra inscrito en la línea de la idealización puramente intelectual mencionada.

La situación en la selva central resultaba conflictiva desde años antes de la gran revuelta de 1742, como lo demuestra el movimiento de 1737 (Valcárcel 1946: 42). Las causas principales de las tensiones eran la evangelización y la desestructuración cultural que ésta conllevaba,² tal como expresaba el líder rebelde Ignacio Torote: "*Tú y los tuyos nos estais matando con vuestros sermones*" (Amich 1975: 145).

Torote, cacique de Catalipango, aprovechando la reunión de varios misioneros en Sonomoro (Castro 1974: 76), efectuó un ataque sorpresa:

"... el día veinte de marzo de mil setecientos treinta y siete... entró con toda la gente... en el de Santa Cruz de Sonomoro (que era primero y principal de dichas Misiones) y quitó las vidas a tres misioneros sacerdotes de esta religión, a dos Donados de ella, como también a otros quince cristianos de dichas Misiones..."³

Enteradas de los hechos, las autoridades virreinales, ordenaron una acción de castigo. Nombraron gobernadores militares de Tarma y Jauja, a Pedro

2. A estas circunstancias hay que añadir un elemento negativo del que los españoles fueron inconscientes portadores desde el histórico desembarco en Guanahani: las enfermedades. La selva central había sufrido antes del alzamiento de Juan Santos varias epidemias de viruela y cólera (1673, 1691, 1722-23, 1725 y 1736-37) (Mateos 1987).

3. *Solicitud presentada al Consejo, por Fr. José de San Antonio...*

Milla y Benito Troncoso, respectivamente. Los preparativos de la entrada resultaron demasiado lentos y, cuando la expedición, comandada por Milla, partió en busca de Torote, ya habían transcurrido siete meses (Castro 1973: 76), tiempo en que el rebelde se había puesto a buen recaudo. Sólo se pudo restablecer la situación previa al levantamiento, fundando en fuerte un Sonomoro, donde se depositaron armas para prevenir una nueva eventualidad. Nos da una idea del estado de descontento existente el que la mayor parte de los habitantes de Catalipango y Sonomoro resultasen implicados en la revuelta, como revelaron las pesquisas hechas (Ibid).

2. *El estallido*

Las primeras noticias de la revuelta aparecen en la documentación española de principios de junio del año 1742. En mayo, las doctrinas establecidas a lo largo de la cuenca del Perené habían sido conmovidas por la presencia de “un indio que decía ser Inca, que llamaba todas las gentes de la Montaña”.⁴

Fr. Manuel del Santo y Fr. Domingo García, doctrineros de la Sal y de Pichana, fueron los primeros españoles en tener conocimiento de los sucesos. La capacidad de convocatoria del recién llegado hizo concebir a Fr. Domingo la idea de aprovechar la concentración con fines proselitistas, poniéndose en camino al encuentro de Juan Santos.

Al llegar al pueblo de Pichana, encontró a Fr. Manuel del Santo quien le informó que el desconocido había expresado su deseo de entrevistarse a solas con él. Temeroso, Fr. Manuel, que seguramente recordaba la matanza de Sonomoro, rogó a su hermano de religión que le acompañase. Antes de partir, ambos escribieron una carta a su superior, informándole de las noticias sobre Juan Santos traídas por dos negros, *el Congo y Francisco*:

“Viene este Indio, que dice ser Inca del Cuzco (llamado Atahualpa traído por el río por un Curaca simirinchi, que se llama Bisabequi; y dice que deja en el Cuzco tres hermanos, uno mayor que él y otros dos menores; y que él tendrá poco más de treinta años; que su casa se llama Piedra. Su ánimo es, dice, cobrar la corona que le quitó Pizarro y los

4. *Carta de Fr. Manuel del Santo...*

demás españoles, matando a su padre (que así le llama al Inca) y enviando su cabeza a España”⁵

En otras rebeliones contra la Corona las pretensiones legitimistas eran un hecho habitual. En este caso, sin embargo, aparecen elementos poco comunes, como la referencia a sus hermanos del Cuzco, el nombre de su casa piedra —*Piedra*—, el recuerdo de la decapitación de Atahualpa y el posterior envío de la cabeza a España, que revelan todo un discurso mítico.

Aunque los dos franciscanos no lograron encontrar a Juan Santos, otro religioso, fr. Santiago Vázquez de Caicedo, conversor de San Tadeo (Antis), inquieto por los acontecimientos, decidió buscar al responsable y emprendió viaje a Quisopango. Al llegar allí se encontró con el rebelde:

“Llegó a dicho pueblo a las cinco de la tarde y al entrar en él halló a los indios dispuestos en forma de media luna. El padre grito: ‘Ave María’; y ellos por costumbre respondieron: ‘Sin pecado concebida’. Cerraron los indios el círculo, cogiendo al padre en medio y luego le quitaron de las manos el báculo con la cruz que tenía. Salió el fingido inca, y saludándose ambos, el padre le preguntó su nombre y algunas oraciones en castellano, y rezó el credo en latín. Hizo sentar al padre, y mandó que le trajesen de merendar. Díjole después que había mucho tiempo que deseaba manifestarse; pero que Dios no le había dado licencia hasta entonces. Que venía a componer su reino, y que su ánimo era salir a coronarse a Lima; que no quería pasar a España ni a reino que no fuese suyo. Que el virrey podía tener a bien dejarle tomar posesión de sus reinos, porque de lo contrario a él y a su hijo les tirarían el pescuezo como a unos pollitos.”⁶

Toda la información de los franciscanos, enviada al padre fr. José Gil Muñoz, superior de la Orden, fue remitida por éste a las autoridades virreinales, alertándolas sobre “*este demonio encarnado*”.⁷

5. *Ibidem.*

6. *Ibidem.*

7. *Copia de la relación o carta escrita por el reverendo padre Fr. Joseph Gill Muñoz, predicador apostólico... a Don Domingo de Unda, síndico apostólico de dichas misiones en la imperial ciudad del Cuzco, en la que da noticia de la entrada que hizo en ellas el escandaloso apóstata y fingido rey Juan Santos Atahualpa, Apuinga Guanacápac, indio cristiano de dicha ciudad. Año de 1742* (Castro 1973: documento N° 1).

La noticia más preocupante era, sin duda, el anuncio de su connivencia con Inglaterra:

“... (Juan Santos) habló con los ingleses, con quienes dejó pactado que le ayudasen a cobrar su corona por mar, y que él vendría por tierra...”⁸

La idea, por sí sola, bastaba para alarmar a las autoridades españolas. Pocos años antes, Thomas Gage había enunciado la posibilidad de arrebatar a España sus posesiones ultramarinas alentando la rebelión de los súbditos coloniales:

“... si cualquier nación, en el momento mismo de llegar sus fuerzas allá proclamara la libertad de mulatos, negros e indios, todos ellos, a cambio de esta libertad, se unirían a aquella contra los españoles” (Ibid: 10).

Se desconoce, a ciencia cierta, si Juan Santos llegó a establecer contactos con la Corona inglesa. Contemporáneamente, el Vice-Almirante Jorge Anson, con cinco buques, trató de establecer un bloqueo en la costa pacífica de Sudamérica (Loayza 1942: 3). Al margen de este hecho no hay ninguna prueba concluyente sobre la alianza. Sin embargo, tampoco parece ser una simple mentira. Juan Santos, que demostró ser un buen estratega, debió estar convencido de dicho pacto; de otro modo no hubiera arriesgado el éxito de su levantamiento con amenazas gratuitas que provocasen un mayor empeño de las autoridades españolas. Por otra parte, resulta poco probable la existencia de un acuerdo entre el caudillo indio y la Corona inglesa.

El propósito del rebelde era juntar a la gente de la Montaña y, una vez dueño de la situación llamar luego al levantamiento general en la Sierra.

“Llama a todos los indios Amajes, Andes, Cunibos, Sepibos, Simirinchis, y ya los más los tiene juntos y obedientes a su voz; y todos clamando que no quieren Padres, que no quieren ser cristianos, e incitándole a que les deje matar a los negros...”⁹

El rechazo a lo foráneo, que, en la revuelta de Torote se manifestó en la violencia contra los franciscanos, surge aquí con más fuerza; alcanzando al otro grupo alógeno: los negros.

8. *Ibidem.*

9. *Carta de Fr. Manuel del Santo...*

Más sorprendente es aún la unión en un proyecto común de todas etnias de la Montaña, lideradas por un serrano. Es posible que la toma de conciencia de la alteridad empujara a las culturas de la región a unirse para enfrentar al enemigo común. El proceso se habría desarrollado más tardíamente que en la sierra debido a la ausencia del elemento catalizador: el hombre blanco, cuya presencia fue escasa hasta el siglo XVIII.

El informe del P. Gil a las autoridades no tardó en causar el efecto deseado. El Virrey, Marqués de Villa García, inició, con la celeridad que aconsejaba la experiencia, los preparativos, tal como informó al superior franciscano:

“en este día se ha pasado orden a los Corregidores de Jauja y Tarma, para que auxilien al Gobernador de esta Frontera, y que con el mayor esfuerzo procuren reducir a quietud los Pueblos de los indios convertidos, e impedir los intentos del que denominándose Inca, intenta conmovier esa Montaña...”¹⁰

De esta manera, comenzó la primera de las ofensivas encaminadas a erradicar la revuelta.

3. *Las campañas virreinales*

3.1. *Primer intento (1742)*

Tal como había sucedido durante la revuelta de Torote, el peso de los trabajos castrenses recayó en Milla y Troncoso. Las órdenes eran que “*cuanto antes entrasen con la gente que pudieran juntar, a aprisionar al fingido inca*” (Amich 1975: 150).

Juan Santos, por su parte, había iniciado la organización de su ejército, nombrando general a don Mateo de Assia, curaca de Metraró y Eneo, y a Antonio Gatica, negro de la conversión, como su lugarteniente.

Este segundo nombramiento resulta extraño dada la actitud que adoptada por Juan Santos contra los africanos. La explicación tradicional es el posible

10. *Carta del Marqués de Villa García a Fr. José Gil Muñoz.*

parentesco que, según se rumoreaba, existía entre Gatica y el líder rebelde (Castro 1973: 95). Sin embargo, las informaciones acerca de otros negros que actuaban como espías de Santos (Castro 1973) parecen apuntar en otra dirección. El motivo del rechazo a los esclavos era su desempeño como donados y guardianes de las misiones, lo que los convertía en elementos peligrosos para la revuelta. Más adelante, su condición de ladinos y su conocimiento del arte de la guerra fue aprovechada por el líder rebelde, que modificó su postura.

Las acciones bélicas de los españoles, en esta primera campaña de 1742, tuvieron dos fases. La primera, más conservadora, trató de que la rebelión no se extendiese, creando dos pequeñas unidades de caballería, de treinta hombres, que

“manteniéndose en la raya de la Montaña y parajes a propósito, sirviesen así de resguardo a los que han de acometer a lo interior, como de cortar la comunicación y refrenar los pueblos de las serranías y demás de las provincias referidas, impidiendo que salte a ellas alguna centella de inquietud”¹¹

Al tiempo, se inició una ofensiva cuyo peso recayó en los naturales. Se constituyó una compañía de 150 indios “armados a su usanza” que mandados por el cacique Don José Calderón Conchaya se internaron en la Montaña, medio que no les resultaba tan áspero como a los españoles “por la habituación a traficar aquellos fragosos sitios”.¹²

La segunda fase se inició con la reunión de los dos corregidores encargados de la represión en Tarma, donde acordaron realizar una maniobra envolvente. Troncoso avanzaría hasta Sonomoro, mientras Milla haría lo propio en dirección a Quimiri. Se sospechaba que el grueso de las fuerzas de Juan Santos continuaba en Quisopango. El plan suponía que el enemigo quedaría acorralado en el Cerro de la Sal, donde sería aniquilado o expulsado hacia el Pajonal, si optaba por un repliegue hacia el norte (Amich 1975: 158-9).

Tras diseñar el plan de ataque:

11. *Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada.*

12. *Ibidem.*

“Don Benito Troncoso, ... juntó de dicho valle y de Comas y sus anexos, setenta hombres de armas y entró en la Montaña a principios de Septiembre y llegó con ellos a Sonomoro el día 17 de dicho mes” (Ibid: 158).

El resto de la ejecución no fue tan afortunado. Previamente, se había establecido que los padres fr. Domingo García y fr. José Cabanes salieran con un grupo de neófitos para abrir caminos y tender puentes que facilitasen el paso de la tropa. Su acción no tuvo demasiado éxito: mientras construían un puente sobre el río de la Sal, fueron atacados por los rebeldes.

“... estando componiendo el puente del río de la Sal, el día 17 de Setiembre, llegó una porción de indios armados, y al instante dispararon tantas flechas, que quedaron muertos los padres y el donado. Los indios de Quimiri salieron heridos los más. Los infieles cortaron la cabeza al padre fray Domingo García, y después de haberla insultado, la enterraron en la iglesia del Cerro de la Sal, y arrojaron los cuerpos al río” (Ibid).

Los primeros cincuenta hombres de Milla no pudieron salir de Tarma hasta principios de Octubre. El resto de la tropa, comandado por el capitán Francisco Abia, habría de alcanzarles más adelante. A mediados de Octubre, la vanguardia llegó al Cerro de la Sal donde esperaron durante catorce días la llegada de la segunda columna. Finalmente, sin noticias del grupo de retaguardia y con informaciones de que los rebeldes se encontraban en el poblado de Eneno, Milla emprendió la marcha hacia ese lugar. El avance no pudo ser más desgraciado. Fueron atacado y, sin posibilidad de retroceder, trataron de alcanzar Nijándaris, pero el recibimiento en este pueblo hizo necesaria la retirada hasta la Sal, en primera instancia, y a Quimiri, finalmente, a donde llegaron heridos casi todos los hombres (Ibid: 159).

Troncoso, mientras tanto, cansado de esperar decidió atacar por su cuenta el poblado de Quisopango, donde Juan Santos tenía un arsenal,

“en una especie de castillo, donde había juntado cantidad considerable de flechas y macanas, al cuidado y custodia de sesenta Andes y Simirinches de valor.” (Ibid)

El día 27 de setiembre, el gobernador de Tarma salió de Sonomoro, reforzando su tropa con veinte indios flecheros y el curaca Bartolomé Quintimari. Doce días más tarde, tras marchar de noche en la última jornada, los españoles alcanzaron su objetivo. Pese a no lograr la sorpresa buscada con

la impresionante marcha nocturna, el combate se resolvió favorablemente para las tropas de Troncoso.

El enfrentamiento fue la única refriega, durante las campañas contra Juan Santos, en la que las tropas virreinales resultaron claramente vencedoras.

Las noticias que Troncoso recibió en Sonomoro acerca de la situación táctica le hicieron cambiar sus planes:

“Y teniendo el gobernador noticia de que el Rebelde se hallaba en Eneo (Metraro), y con mucha indiada, determinó retirarse con su gente en buen orden, como lo ejecutó, y dejando buena guarnición en el castillo de Santiago de Sonomoro, salieron los demás a la sierra” (Amich 1975: 153).

Con el repliegue de Troncoso y la retirada de Milla, finalizaba el primer episodio de la represión. Si el terreno ofrecía una increíble dificultad para el movimiento durante la estación seca, la llegada de las lluvias multiplicaba su hostilidad del medio. Los españoles, conscientes de ello, interrumpieron las acciones al finalizar el estío.

3.2. *La entrada de 1743*

A mediados de junio Juan Santos envió mensajes al padre fray Lorenzo Núñez, conversor de Quimiri,¹³ para que el fraile saliese cuanto antes del pueblo, advirtiéndole de su intención de ocuparlo. Fr. Lorenzo no sólo no siguió las instrucciones, sino que alertó a las autoridades españolas. Pero, viendo que nada se hacía para prevenir el peligro, el día 9 de julio, el fraile optó por retirarse a Chanchamayo, desde donde siguió acudiendo con regularidad a Quimiri para administrar los sacramentos entre sus parroquianos. El 4 de agosto, cuando llegó la noticia de que Juan Santos había entrado en Quimiri, el franciscano mandó al alcalde de esta localidad y a un donado para comprobarlo. A su regreso, los dos comisionados contaron su encuentro con el rebelde, que había proclamado no querer mal a nadie. La noticia hizo que

13. Por este tiempo, tuvo lugar otra sustitución, la del padre comisario de misiones, fr. José Gil Muñoz, cuya intervención puso sobre alerta a las autoridades civiles virreinales, haciendo posible una intervención pronta en la represión de la revuelta. Su sucesor fue el padre fray Manuel Albarrán, cura de Huancabamba.

“tuvieran los indios de Chanchamayo aquella noche grandes festejos, bailes y borracheras, celebrando, con los chunchos, la venida de su Inca, cantando en su idioma que beberían chicha en la calavera del padre y en la del teniente” (Ibid: 161).

Al día siguiente, se produjo la toma de la localidad:

“... amaneció la playa del río de Chanchamayo cubierta de infieles, que se apresuraban a pasar a dicha hacienda con grande algazara; por lo cual el padre fray Lorenzo Núñez y los demás que allí se hallaban, se retiraron y se fueron a Tarma” (Ibid).

La caída de Chanchamayo, supuso una llamada de atención a las autoridades sobre la supervivencia del movimiento rebelde, iniciándose los preparativos de la segunda expedición. En esta ocasión contamos con una excelente fuente de información: el diario de campaña del secretario de Troncoso.¹⁴ El documento, de una increíble minuciosidad, anota incluso hechos de tan escaso interés táctico como el mal tropiezo que Don Pedro Escobar tuvo con su cabalgadura:

“Este día le dió la mula de Don Pedro Escobar un par de coces muy buenas, pues lo trajeron sin pulsos ni habla”.¹⁵

La columna, compuesta por un total de más de 500 hombres y unas pocas piezas de artillería ligera, partió el 15 de octubre de Tarma. El mismo día alcanzó el pueblo de Acobamba, donde la tropa se dividió en dos grupos, comandados por el Corregidor, General Alfonso Santa y Ortega, y el Gobernador Troncoso. Mientras que éste, con algo menos de la mitad de la fuerza, emprendió el camino hacia Oxapamapa, Santa lo hizo rumbo a Vitoc.

El día 23, un serrano informó que el “*Indio levantado se había ido a Huancabamba*”. Sus planes, según el confidente, eran regresar con el ganado a Quimiri, posición que fortificaría, más adelante intentaría penetrar en la sierra, a través de la ciudad de Jauja, menos defendida que la de Tarma.

14. *Diario en el cual se da noticia individual de lo acaecido en el viaje o entrada, que por orden del Excelentísimo Señor Virrey de estos Reinos, el Marqués de Villagarcía; se ejecutó el mes de Octubre, del año de 1743...* en Biblioteca Nacional de Lima. Sección Manuscritos, tomo N° 250, folios de 309 a 322, en 4° (Loayza 1942).

15. *Ibidem.*

La doble entrada de los españoles continuó sin demasiados problemas, estableciendo vías de comunicación que facilitaron la movilidad de la tropa y logrando una ventaja táctica.

Dos días después, se supo que un gran número de chunchos les aguardaba en Quimiri, convertido en el primer objetivo del Gobernador. Sin embargo, la noticia no alteró los planes.

Antes de alcanzar el pueblo y ya en orden de combate, hubo un primer encuentro, en el cerrito de Buena Vista, con las supuestas las avanzadillas de los rebeldes. El combate fue saldado con algunos disparos de granadería que pusieron en fuga al enemigo, realizándose la entrada en Quimiri sin otro oposición...

Al día siguiente, se pudo averiguar que, las tropas rebeldes de Buena Vista eran, en realidad, una patrulla de hostigamiento que tuvo que retirarse, al tropezar con la unidad avanzando en perfecto orden.

El día 30, una junta de oficiales y mandos, acordó establecer un fuerte en la localidad, dejando a su cuidado una compañía de noventa y seis hombres a las órdenes de un capitán, Don Fabricio Bartuli.

El 8 de septiembre, la fuerza salió en dirección a Chanchamayo, arribando el mismo día. De allí se continuó a Tarma. Llegados a Laysacaca, el día 15, se recibieron noticias de que Chanchamayo había sido atacado, con lo que Quimiri quedaba aislado. Pero las novedades no fueron suficientes para que el corregidor Santa se decidiera a auxiliar el fuerte.

Bartuli y sus hombres, sin esperanzas de socorro, trataron de escapar al cerco, siendo masacrados. Sólo se libraron de la decapitación el padre fray Lorenzo Núñez, el Hermano Manuel y uno de los soldados, a los que Juan Santos utilizó para enviar un mensaje a las autoridades virreinales.

3.3. *El lapso 1742-45*

Las campañas anteriores no obtuvieron el éxito esperado. La experiencia adquirida y los logros de la primera hicieron que las esperanzas de zanjar la cuestión con la entrada de 1743 fueran muchas. La envergadura y los planes de la expedición señalan que su objetivo era la captura del indio

rebelde. Sin embargo, la actitud del Corregidor hizo que el desgaste fuese vano.

En estas circunstancias, el Virrey, reunido con los corregidores y algunos baqueanos, calculó el costo de otra expedición en 300,000 o pesos.¹⁶ Ante el desmedido gasto y considerando que,

“... el repetir entradas a la Montaña, sería consumir gente, armas y caudales, sin utilidad, porque en ella residen los Indios más como fieras que como racionales; allí se mantienen de pesca y de la caza, sin reducirse a compañía civil, esparcidos en cortas habitaciones, que forman de árboles en el sitio... y, sin duda, con este conocimiento en los siglos pasados es tradición constante que no se sujetaron al Imperio de los Incas, ni éstos trataron de ampliar por aquellas partes su dominación... Se reflectó que las tropas más briosas que allí se introdujesen, perecerían sin gloria, consumidas de un trabajo infructuoso, sin el aliciente de los metales preciosos de cuyas minas se carece...”¹⁷

Se decidió, por lo tanto, no emprender ninguna acción ofensiva en la Montaña y limitarse a reforzar la seguridad de las regiones serranas colindantes, cuya integridad se tenía garantizada:

“Se advirtió que las Provincias de las serranías y valles no pueden peligrar, ni temerse de aquellos bárbaros la menor irrupción, que sólo se contentan con algunas surtidas y robar las haciendas inmediatas a la espesura...”¹⁸

Sin embargo, la situación no era contemplada así desde Madrid. Las informaciones habían alarmado a Ensenada, quien no podía contemplar con buenos ojos una acción tan conservadora con un rebelde cuando España trataba de recuperar prestigio en Europa.

La consecuencia inmediata fue la sustitución del Virrey Villa García por José Manso, motivada por la tibieza de su gobierno:

16. *Carta al Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada...* (16 de agosto de 1744).

17. *Ibidem.*

18. *Ibidem.*

“Hallándose el Rey con noticias de que en las provincias del Perú hay varias inquietudes, y en las de Jauja y Tarma alguna sublevación, movida y fomentada por un indio mestizo... ha resuelto Su Majestad aplicar... todas las providencias que permite la actual constitución de la Guerra, y que pide la precisión de atender al remedio de aquel daño y evitar las perniciosas consecuencias, que de su continuación y aumento debe recelarse”.¹⁹

3.4. *El ímpetu del nuevo Virrey (Campaña de 1746)*

La política inicial de D. José Manso respondió a dos directrices:

- a) el cumplimiento de las tajantes órdenes de Madrid,
- b) el desconocimiento de la región en la que se desarrollaba la insurrección, donde pretendía poner en práctica su experiencia como Capitán General de Chile.

A los pocos días de su llegada a Lima, destinó a la selva un destacamento de cien hombres de la guarnición del Callao, al mando por José de Llamas. Envió también a un Cacique con la secreta misión de capturar al rebelde.²⁰

Estas acciones le hicieron creer en una pronta erradicación del problema, tal como lo expuso al Rey:

“Y de cualquier suerte puede usted asegurar a Su Majestad que este negocio (para mí de ningún grave cuidado) quedará evacuado muy en breve con el castigo o perdón del Indio y sus seguidores.”²¹

La columna llegó a Tarma a principios del año 1745. Su misión era llevar a cabo una entrada inmediata, para sorprender a Juan Santos que no imaginaría un ataque durante la estación húmeda.

La incursión, al igual que las precedentes, tuvo dos ejes de progresión. El primero, emprendido por unos doscientos hombres mandados por Llamas,

19. *Carta de nombramiento de Don José Manso* (21 de diciembre de 1744).

20. *Carta de Superunda a Ensenada* (30 de agosto de 1745).

21. *Ibidem.*

estaba dirigido al Cerro de la Sal, a través de Huancabamba. El segundo, con ciento cincuenta soldados encabezado por Troncoso, apuntaba hacia el mismo objetivo desde Quimiri (Amich 1975: 166-7).

Tal como estaba previsto por los baqueanos que habían tratado de hacer desistir de la empresa al General, las condiciones convirtieron el medio selvático, en un marco prácticamente insufrible.

Llamas tardó casi un mes en alcanzar el lugar del encuentro, donde no halló a Troncoso que ya se había retirado a Nijandaris, donde tuvo un enfrentamiento con las fuerzas rebeldes:

“hubo heridos y muertos de ambas partes. Finalmente se retiraron todos, sin más fruto que muchas enfermedades contraídas por el cansancio y humedad, y mucha pérdida de caballerías, víveres y tropa” (Ibid: 166).

La empresa fue la más desastrosa de cuantas, hasta entonces, se había llevado a cabo. La explicación que Llamas dio a su actitud, mantenida contra el parecer de sus asesores, fue la esperanza de que:

“luego que llegase al Cerro de la Sal, saldría el curaca don Mateo de Assia con su gente a auxiliarle, y le entregaría en su poder al rebelde” (Ibid).

El acuerdo habría sido fraguado, en el verano de 1745, por el P. Irusta, religioso de la Compañía que, a tal fin, había entrado en la Montaña (Varesse 1974: 194).

El fracaso de las tropas virreinales sirvió para envalentonar a los alzados que emprendieron el ataque de Monobamba, un poblado desprotegido de la sierra. La ofensiva puso fin a las acciones bélicas de la campaña de 1746.

Los jefes militares, en junta reunida el día 20 de agosto del mismo año, decidieron adoptar definitivamente una actitud conservadora. La expedición de Llamas fue el último intento por capturar a Santos. La estrategia, a partir de este momento, fue aguardar al enemigo en territorio propio, de modo que fuesen los rebeldes los que tuvieran que tomar la iniciativa. La única precaución de los realistas era reforzar el control de la ceja de selva, evitando la infiltración de posibles enemigos. No se renunciaba a la ofensiva, pero esta ya no tendría el carácter pretensioso de las anteriores. Se acordó la construcción

de dos fuertes, en Chanchamayo y en Oxapampa, que servirían de avanzadilla y de control del paso de la sierra a la selva.

La estrategia quedaba limitada a:

“refrenar los Indios, contenerlos en su montaña, y aún aniquilarlos... Y que en las ocasiones y oportunidades que juzgasen convenientes, se les hostilice y fatigue, sin permitirles seguridad ni sosiego con ligeras partidas, hasta aniquilarlos...”²²

Aparte, se continuaron las acciones para capturar a Juan Santos, ofreciendo una cuantiosa recompensa a quien lo entregase.

4. *El asalto a la sierra. La ofensiva rebelde*

La guerra había quedado estancada. Los frentes y las zonas de control de cada bando habían sido fijados.

Para las autoridades civiles españolas la región carecía de otro interés que no fuese el de alejar a los portugueses de zonas ricas del virreinato. La selva no era entonces un área que desempeñase un papel importante en la vida económica del reino. Tampoco ofrecía un campo de particular interés en materia impositiva. En la Montaña, tan sólo se habían asentado religiosos y misioneros, acompañados en ocasiones por soldados que garantizaban su seguridad.

La región consumía mucho más de lo que ofrecía y su cierre representaba un alivio económico para las apuradas cajas virreinales.

Este criterio materialista era desconocido por los franciscanos, principales interesados en que se retornase cuanto antes a la normalidad, acusando a las autoridades de todo lo que estaba sucediendo:

“No sé qué concepto hacen algunos ministros del católico celo de Vuestra Majestad en la reducción de los infieles al gremio de nuestra Religión Cristiana. Motívame esta duda, ver la repugnancia que manifiestan en auxiliar y fomentar a los operarios evangélicos, y la dificultad que

22. *Carta de Superunda a Ensenada* (31 de julio de 1746).

siempre hallamos para que se nos dé la limosna, que la piadosa y liberal magnificencia de Vuestra Majestad nos tiene asignada de seis mil pesos anuales.”²³

Para los misioneros, las causas de la rebelión eran claras:

“las repetidas extorsiones, que con los injustos y exorbitantes repartimientos, hacen los Corregidores a los miserables indios y mestizos”.²⁴

Las protestas no sirvieron para alterar la inercia que los acontecimientos había tomado.

El único factor que alteró el *status quo* fue la del ataque rebelde a Andamarca.

El verano de 1751, las fuerzas de Juan Santos tomaron la iniciativa y atacaron el poblado de Sonomoro. Desde la expedición de Troncoso el pueblo había estado controlado por los españoles. Los hombres de Juan Santos no pudieron vencer la resistencia de los catorce hombres que defendían la posición, teniendo que recurrir al asedio. Viendo lejana la posibilidad de recibir auxilio, los cercados decidieron abandonar el pueblo, en dirección a Andamarca.

La ofensiva de Juan Santos no se detuvo y, en poco tiempo, fueron tomados el astillero de Ata, Runatullo y otros pueblos próximos.

El encargado de las funciones defensivas, el Maestre de Campo, Coronel D. Bonifacio de Torres, notificó al Corregidor de Jauja, Cassastorres, que la incursión de los selváticos no tenía otro fin que el robo de alimentos:

“Yo hago juicio que esto será de algunos indios serranos, parciales del Levantado, que habrán salido a robar carne, y hecho el robo se metieron al monte.”²⁵

23. *Carta de Fr. José Gil Muñoz al Rey* (12 de septiembre de 1745).

24. *Ibidem.*

25. *Copia en expediente legalizado de la carta del Coronel Bonifacio de Torres al Corregidor Cassastorres* (3 de agosto de 1752).

A pesar de esta apreciación, se promulgaron toda una serie de medidas encaminadas a incrementar las guarniciones más endebles. El mismo día que Torres exponía su opinión acerca del transcurso de los acontecimientos, los rebeldes cercaban el pueblo de Andamarca.²⁶

Juan Santos ocupó el pueblo, capturando a los dos únicos blancos que se encontraban en él: Fr. Mauricio Gallardo y Fr. Juan de Dios Fresneda. Tras dos días de ocupación, las fuerzas rebeldes abandonaron la posición.

5. *La declinación de la guerra*

La toma y pérdida de esta localidad cierran la fase ofensiva de la revuelta y se convierte en el último acto bélico de la misma.

La última noticia de la contienda fue un amago de ocupación de Acobamba (Castro 1973: 137). A partir de este momento, las informaciones en torno a Juan Santos se desvanecen.

Aparentemente, la incursión serrana sirvió para que Juan Santos fuese consciente de sus escasas posibilidades en aquel medio. Sin nuevas acciones de ninguno de los dos bandos, la guerra fue enmudeciendo hasta desaparecer.

Paralelamente, aparecen versiones míticas de la desaparición del líder del movimiento. Las historias cambian las circunstancias del hecho, pero todas coinciden en la muerte del caudillo y, con ella, en el fin del peligro para el virreinato.

6. *Una valoración táctica*

Los episodios bélicos que se sucedieron desde 1742 hasta 1751 han sido trabajados de diferente forma y desde distintos ángulos. Pese a ello, es notable la ausencia de un análisis desde el punto de vista estratégico.

El estudio militar de los hechos y la valoración constante de la "*situación táctica*" nos puede proporcionar la sorpresa de una guerra no tan desfavorable para el bando virreinal.

26 *Copia en un expediente legalizado de la Carta de Fr. Mauricio Gallardo a las Autoridades de la Provincia de Jauja* (3 de agosto de 1752).

Los *prácticos* de la región comprendían, desde el inicio de las acciones armadas que los resultados de la contienda estarían condicionados por una de las formas de acción: el terreno.²⁷ Ni las tropas rebeldes, ni su armamento, ni el ambiente —humano o físico— podían influir de manera tan decisiva en la guerra como la aspereza del territorio selvático. Conscientes de ello, las autoridades trataron de preservar a sus hombres, en la medida de lo posible, del contacto directo con el marco de operaciones, reservándoles la tarea defensiva en la Sierra y enviando a la Montaña a indios, más familiarizados con el medio. Solamente, ante la gravedad de los acontecimientos, se inició la doble expedición de 1742. La entrada, como era de prever, se vio condicionada por las circunstancias geográficas, que disminuyeron la velocidad de progresión y la posibilidad de empleo de la Caballería y Artillería en beneficio de la Infantería, haciendo indispensable la utilización a fondo del Arma de Ingenieros, cuya falta hubo de ser suplida por los franciscanos y los donados de las misiones.

No tenemos noticias del modo en que el terreno afectó a las fuerzas rebeldes, aunque es de suponer que, dado su conocimiento del mismo y el tipo de armamento utilizado, el perjuicio fue mucho menor.

Tras la primera campaña, las tropas represoras no habían logrado capturar a Juan Santos, sin embargo, su reacción fue rápida y limitó el alcance de la revuelta, reducida al río Perené y al Gran Pajonal.

No existía una doctrina militar de carácter oficial pero podemos tomar las *Reflexiones militares* del Vizconde de Puerto (1724) como una aproximación bastante exacta a la concepción del Arte de la Guerra que tuvieron los oficiales encargados de reprimir la revuelta.

El libro VIII de la referida obra aconseja en caso de rebeliones, la intervención inmediata y el ataque sin dilación:

“... porque a las Rebeliones sucede lo que a las fuentes: cerca de su origen fácilmente se atraviessan; lejos de su manantial ni aun con peligro se badean...” (Puerto 1724: t. III, lib. VIII, p. 168).

27. Es terreno es el escenario donde se desarrolla la acción. Favorece o perjudica la actuación de las tropas, el empleo de sus armas, la observación y la dirección del combate.

El peligro residía, sobre todo, en las posibles alianzas de los rebeldes con otros reinos:

“temerosos de la pena, abrazan el partido... del Soberano extranjero, que les ofrezca proteccion: Assi convendrá no perder tiempo en destruirlos, ó (si no ay otro remedio) en perdonarlos” (Ibid: 38).

En esta caso la amenaza estaba representado por la Corona inglesa.

Sighuiendo al pie de la letra la *doctrina* contemporánea, no existían dudas sobre la actitud a tomar: atacar a Juan Santos hasta su aniquilamiento. Sin embargo, una interpretación más flexible hacía evidente que el apoyo que la Corona Inglesa podía prestar al rebelde era mínimo. El posible bloqueo no habría afectado el curso de los acontecimientos. Las tropas movilizadas desde Lima fueron mínimas y la revuelta podía haber sido enfrentada con los mismos resultados en el caso de que la capital virreinal hubiese quedado empeñada en su propia defensa.

Como demostraron años más tardes los ingleses en la Guerra Colonial, las doctrinas europeas desconocían prácticamente el *terreno*. Los fundamentos tácticos eran establecidos en función de los escenarios del Viejo Continente y no de un medio con las características de la selva amazónica.

Las campañas contra Juan Santos, desde 1742, resultaron una pugna entre dos formas de interpretar la doctrina, imponiéndose finalmente la postura de los baqueanos.

Las tropas de Juan Santos mostraban una mayor operatividad en la selva, sin embargo, esta superioridad, en modo alguno, era decisiva. La expedición de Troncoso desde Sonomoro a Quisopango atravesó la selva sin ser detectada por los rebeldes, que también demostraron su incapacidad para enfrentar a los soldados en campo abierto, lo que, en definitiva, limitaba el levantamiento a la Montaña y lo condenaba a una derrota a medio o largo plazo. Si tácticamente los primeros enfrentamientos no inclinaron la balanza, estratégicamente la guerra terminó con la entrada de Troncoso en Quisopango, el 9 de octubre de 1742.

El extraño final de la segunda campaña (1743) dificulta su interpretación. El desarrollo de la misma hasta el día 15 es claramente favorable a las tropas gubernamentales que, sin oposición, ocuparon varios enclaves impor-

tantes, fortificándolos antes de regresar. La sorprendente negativa de Santa a auxiliar la plaza de Quimiri echó por tierra todo el trabajo realizado y permitió que, por primera y única vez, los rebeldes enfrentasen y venciesen a una unidad española tipo compañía.²⁸ Sin embargo, el curso de la guerra, encauzada en la anterior campaña, no varió.

Santa expuso, en repetidas ocasiones, una versión triunfal de la campaña. En 1760, considerando sus méritos, elevó una solicitud al Consejo de Indias, en demanda de la Administración y Judicatura de Comisos de los Tabacos en Lima. En la carta de ruego, expone su visión de los sucesos:

“nombrado por el Marques de Villagarcia, Virrey de la ciudad de Lima, para que sosegase una sublevacion que se avia levantado en estas Provincias, cuio fin consiguio prendiendo y personalmente a 81 de los principales rebeldes, y entre ellos a Don Andres Carma y Condor, Gefey primer autor de dicha sublevacion, conduciendo con los demas a la Carcel de Lima, dejandolo todo sosegado, pero duró poco la quietud, por causa de que un indio mui astuto, y de notable atrevimiento, metido en lo interior de las montañas de Tarma, con numerosos partidarios de sequaces, se hacia proclamar Ynca, inquietando todas las Provincias vecinas, manteniedose seis años, ... pudo conseguir el suplente, matarle la maior parte de sus sequaces, y quemarle todos sus albergues montarazes en que se hatrincheraban, obligandoles a una precipitada fuga como contra de represenaciones hechas por el referido Virrey, e igualmente por él...”²⁹

El texto, además de suministrar algunas novedades, está claramente condicionado por el deseo de su autor por en estanquero.

Pese a ello, el Consejo de Indias no debía considerar la expedición como un desastre militar, cuando Santa la utiliza como *mérito recompensable*. D. Alfonso no obtuvo el cargo porque sus servicios no fueran considerados sino porque el Consejo no tenía noticia de la vacancia del empleo.³⁰

28. De 100-150 hombres.

29. *Carta de Don Alfonso Santa de Ortega a S.M. solicitando empleo* (Es copia, 1760).

30. Así figura al pie de las copias de las dos cartas que Santa remitió al Consejo; A.G.I.; Lima 988.

El documento, tal como se conserva en el Archivo General de Indias está incompleto, adjuntando originalmente otros papeles donde seguramente aparecían pruebas testificables de las afirmaciones de Santa. Sin embargo, éstos se han extraviado posiblemente en la primera mitad de este siglo, circunstancia que no sorprende si tenemos en cuenta el estado de incuria en el que el Archivo ha permanecido durante largo tiempo.

La postura adoptada por las autoridades virreinales, a partir de 1743, es la mejor prueba lo hasta ahora dicho: la derrota de Juan Santos se había fraguado en la primera campaña y lo que se decidía, a partir de aquel momento, era el tiempo que los franciscanos tardarían en volver a su labor en la región. De haber existido una amenaza verdaderamente grave, el Virrey jamás hubiese adoptado una política tan cicatera.

La campaña de 1746 promovida por Superunda evidenció la inutilidad de acciones ofensivas. Desde hacía cuatro años, salvo limitar los movimientos de Juan Santos a la Montaña, no se había hecho nada por recuperar las posiciones perdidas.

La táctica de celadas seguía también el consejo del Vizconde de Puerto:

“Quando el lexitimo Tribunal aya declarado Traydor á un actual Caudillo de Rebeldes, y puesta á tallón su vida, parece no havrá, de parte del General, escrúpulo en solicitar su muerte por aquellos médios”.

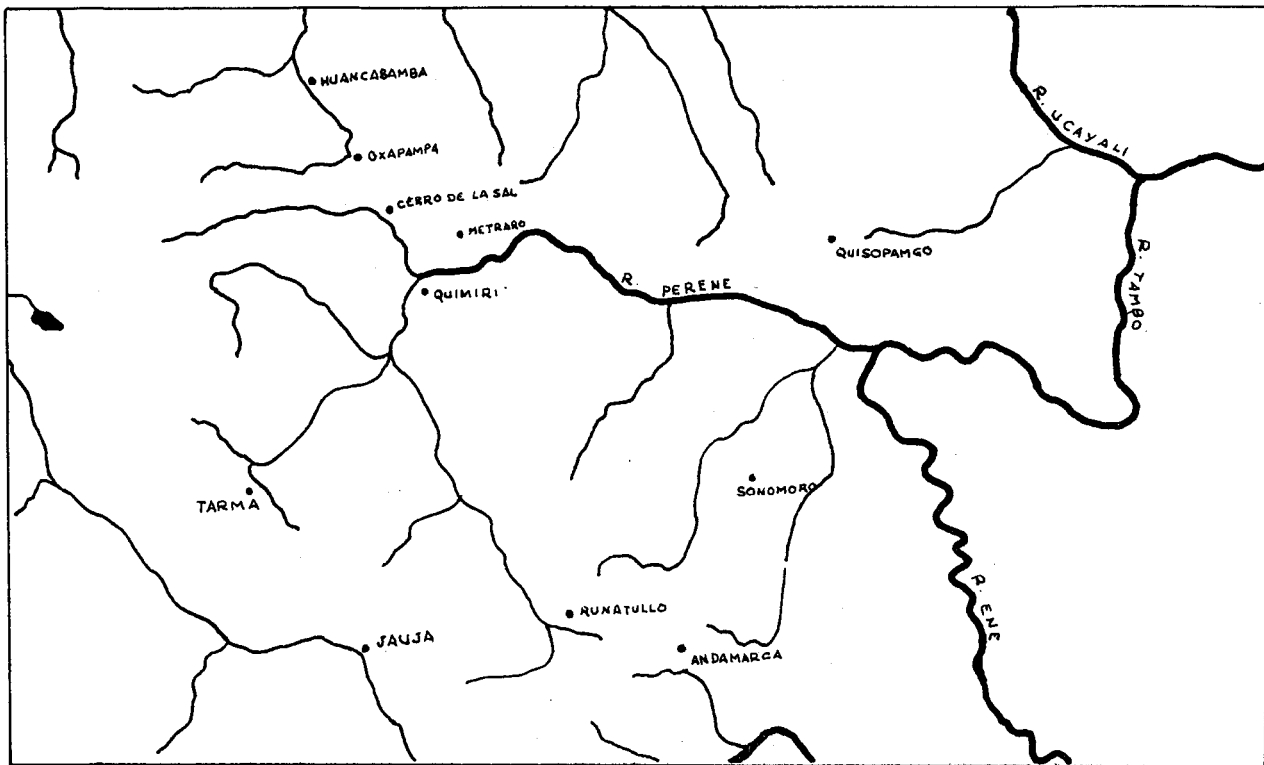
De esta manera, se acabó imponiendo la realidad del terreno a la rígida interpretación de la doctrina y el orgullo de los virreinales.

El final de la contienda se produjo al cobrar los rebeldes conciencia de su situación. Las poblaciones serranas en las que Juan Santos había cifrado sus esperanzas no se sumaron a la revuelta. A la falta de apoyo había que unir la escasa efectividad que las tropas selvícolas demostraban en la Sierra y la limitación logística de moverse en territorio hostil. Los levantados no constituían un ejército totalmente especializado y su dedicación a tiempo parcial no les permitía alejarse demasiado de su habitat.

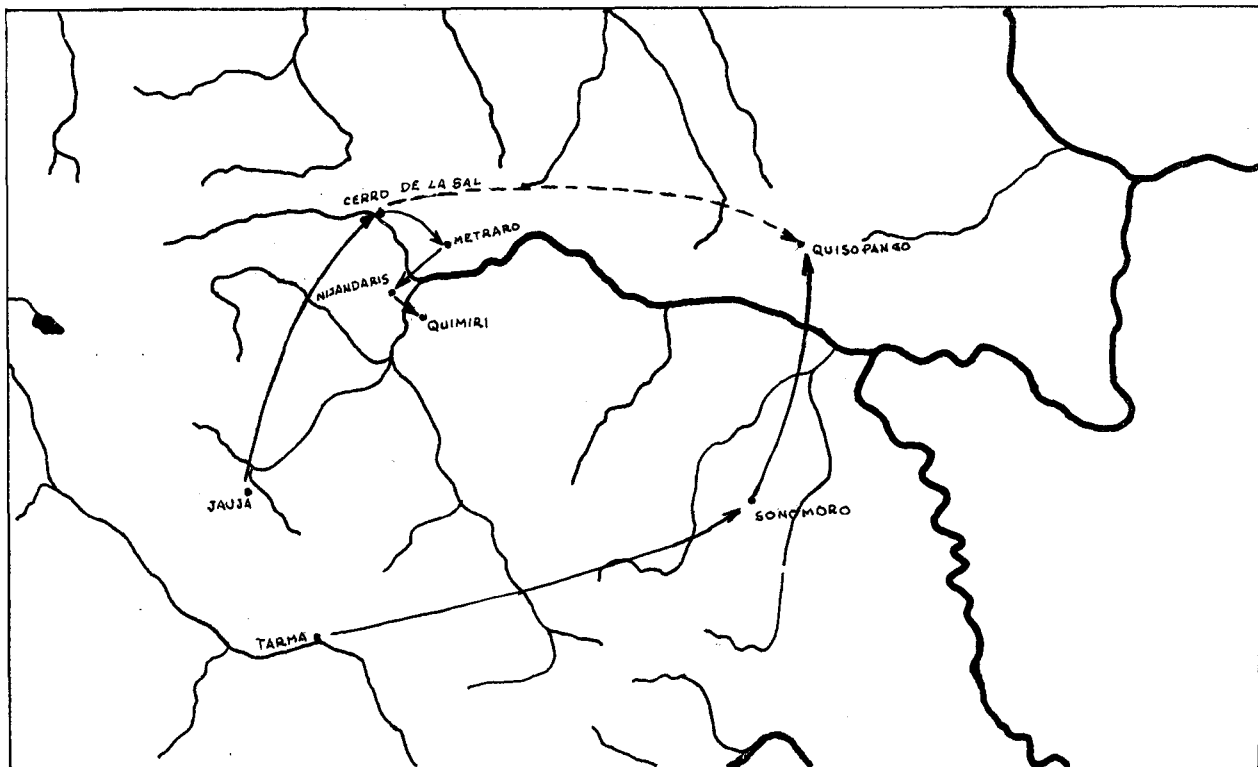
La revuelta estaba condenada a extinguirse. Los escarceos de Andamarca confirmaron las impresiones de los españoles, que acudieron en socorro de esa población más para perseguir a los indios en su retirada que con el propósito de recuperarla por las armas.

La rebelión de Juan Santos no constituyó en ningún momento una amenaza sería para el reino, como lo entendió Villa García, primero, y, más tarde, José Manso. La importancia que el Consejo otorgó a los sucesos estaba motivada por su desconocimiento de la situación real. El verdadero interés del levantamiento de Juan Santos radica en su singularidad doctrinal, así como en la riqueza de la cosmovisión sincrética en que se desarrolló.

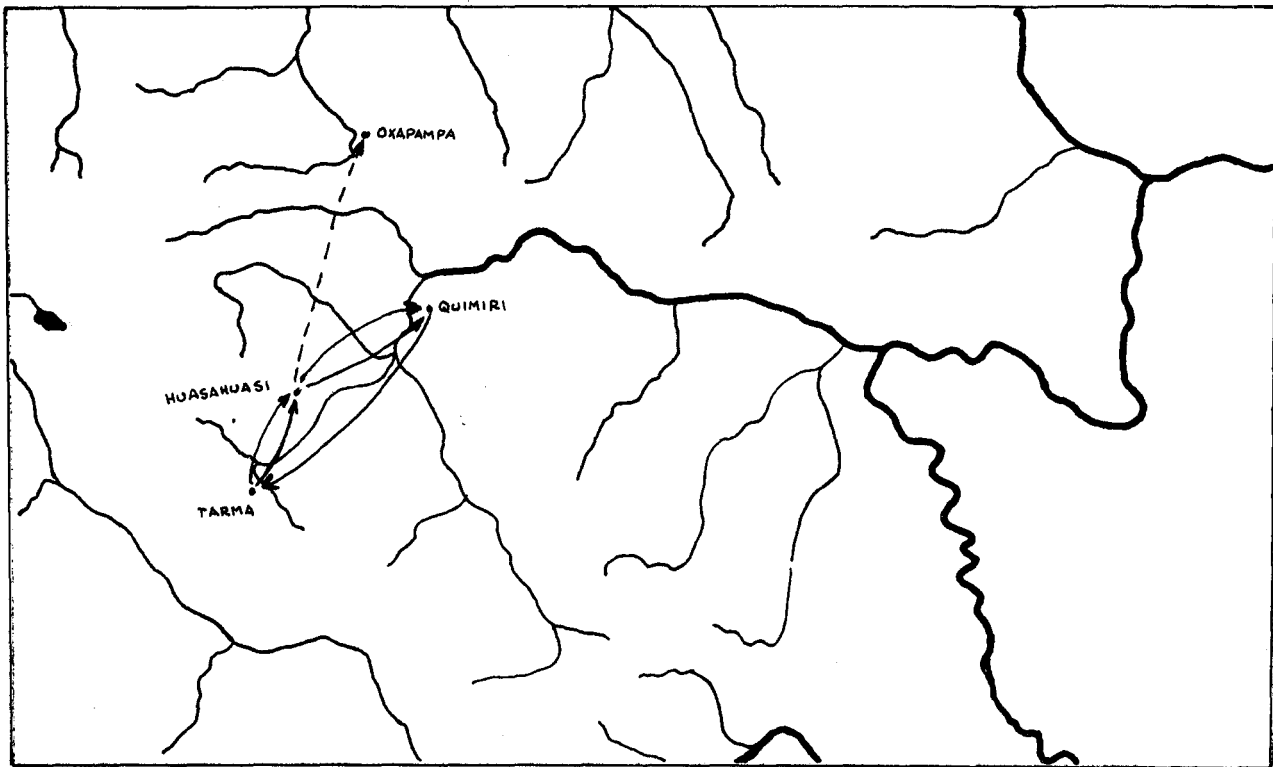
Juan Santos, sin haber vencido, nunca fue derrotado. Su carácter milenarista y mesiánico lo convirtió en un movimiento mágico al que las autoridades españolas no podrían jamás derrotar. La intangibilidad del espíritu que animaba la revuelta era su principal arma. El ingreso del caudillo en la Montaña para perderse de la historia, coincidió con su ingreso en el mundo mítico selvícola, desde el que hoy todavía espera el momento de regresar y dirigir a los *campas* a la victoria definitiva.



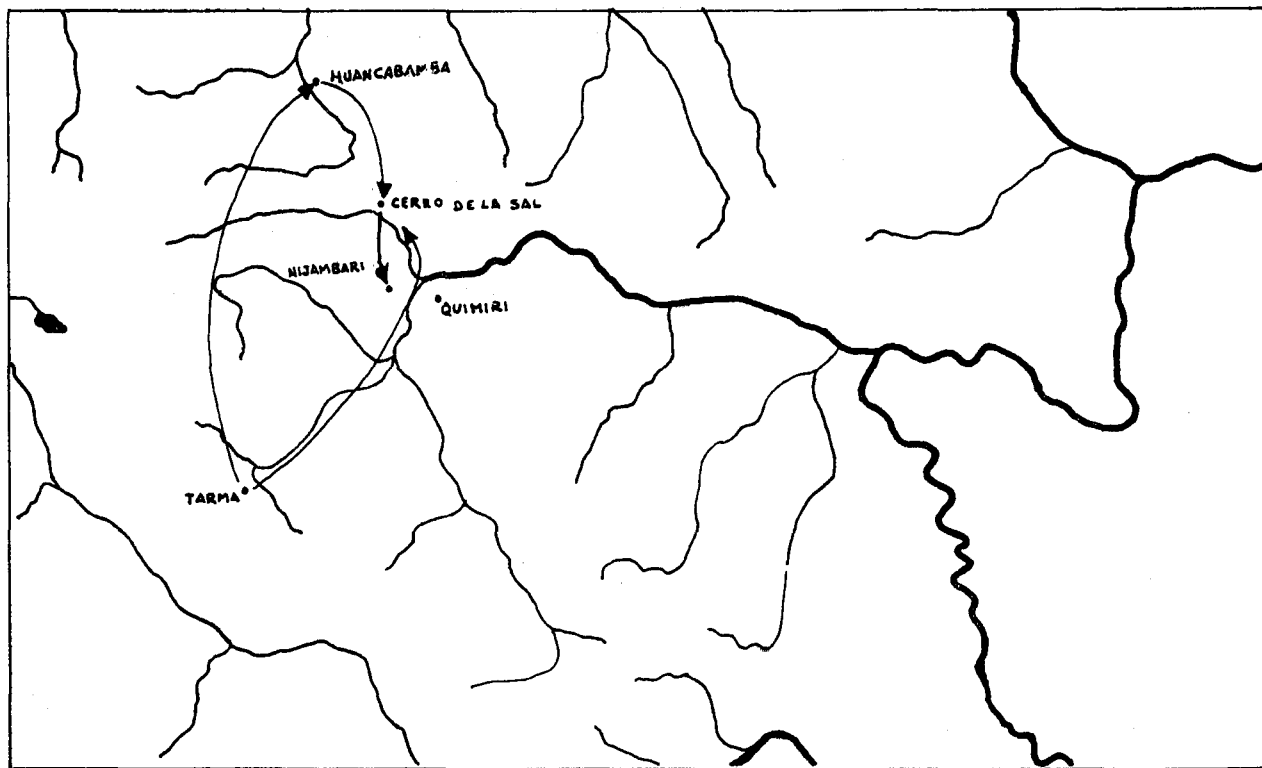
INFORMACIÓN GENERAL DE LA ZONA DONDE TUVO LUGAR EL LEVANTAMIENTO



1ra. CAMPAÑA (2da. FASE) 1541



2da. CAMPAÑA 1743



3ra. CAMPAÑA

FUENTES DOCUMENTALES

Carta de Fr. Manuel del Santo, Fr. José Cabanes y Fr. Domingo García al Padre Comisario Fr. José Gil Muñoz (2 de junio de 1742). A.G.I., Lima, 541.

Carta del Marqués de Villa García a Fr. José Gil Muñoz (Lima, 19 de julio de 1742). A.G.I.; Lima, 983.

Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada (Lima, 7 de agosto de 1742). A.G.I., Lima, 983.

Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada (Lima, 16 de agosto de 1744). A.G.I.; Lima, 983.

Carta de nombramiento de Don José Manso (Madrid, 21 de diciembre de 1744). A.G.I.; Lima, 983.

Carta de Superunda a Ensenada (Lima, 30 de agosto de 1745). A.G.I.; Lima, 983.

Carta de Fr. José Gil Muñoz al Rey, contándole la muerte de Fr. José Cabanez y Fr. Domingo García a S.M. (Guatemala, 12 de septiembre de 1745). A.G.I.; Lima, 541.

Carta de Superunda a Ensenada (Lima, 31 de julio de 1746). A.G.I.; Lima, 983.

Copia en expediente legalizado de la carta del Coronel Bonifacio de Torres al corregidor Cassastorres (3 de agosto de 1752). A.G.I.; Lima 988.

Copia en expediente legalizado de la Carta de Fr. Mauricio Gallardo a las Autoridades de la Provincia de Jauja (Andamarca, 3 de agosto de 1752). A.G.I.; Lima, 988.

Carta de Don Alfonso Santa de Ortega a S.M. solicitando empleo (Es copia, 1760). A.G.I.; Lima, 988.

BIBLIOGRAFIA

- AMICH, O.F.M., Fr. José
1975 *Historia de las misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa.*
Milla Batre, Lima.
- CASTRO ARENAS, Mario
1973 *La rebelión de Juan Santos.* Milla Batre, Lima.
- LOAYZA, Francisco A.
1942 *Juan Santos, el Invencible (Manuscritos del año 1742 al año 1755.* Los Pequeños Grandes Libros de la Historia, Lima.
- MATEOS, Sara
1987 *Un modelo de conversión franciscana: las misiones de Pangoa (siglos XVII y XVIII).* Memoria de Bachillerato, P.U.C.P., Lima.
- MILLONES, Luis
1987 *Historia y Poder en los Andes Centrales.* Alianza, Madrid.
- PUERTO, Vizconde de
1724 *Reflexiones militares del... Vimercato,* Turín.
- VALCARCEL, Carlos Daniel
1946 *Rebeliones indígenas.* Lima.
- VARESSE, Stefano
1974 *La Sal de los Cerros.* Retablo de Papel. Lima.
- VARGAS UGARTE, Rubén
1966-71 *Historia General del Perú.* Milla Batre, Lima.